



BARROCO

UNA
MENTIRA ATREVIDA
YA NUNCA
VOLVERÁ
A SER
MÁS SINCERA
QUE LA VERDAD

Blanca Portillo,
Asier Etxeandía
y Chema León
se ponen a las órdenes
del esloveno Tomaz Pandur
en esta fastuosa producción
que opera como una metáfora
sobre la destrucción
del amor.

Un material clásico vuelve a ser la raíz de su montaje. Si en *Infierno* adaptaba *La divina comedia* de Dante, o en *Cien minutos* desestructuraba hasta casi dejar irreconocible *Los Hermanos Karamazov*, esta nueva entrega se alimenta de unos textos de Darko Lukic y el propio Pandur, y se inspira asimismo en la novela del siglo XVIII *Las amistades peligrosas*, de Pierre Choderlos de Laclos, y el texto *Cuarteto*, del dramaturgo Heiner Müller.

Con coreografía de Nacho Duato (con quien Pandur ya había trabajado antes en su espectáculo *Alas*, en la Compañía Nacional de Danza), y un plantel de actores compuesto por Blanca Portillo, como la Marquesa de Merteuil; Asier Etxeandía, el Vizconde de Valmont; y Chema León, un ambiguo e inquietante personaje, Barroco-El Navegante; el montaje cuenta con música original del grupo Silence (grabada para el montaje por la Orquesta Escuela Sinfónica de Madrid) mezclada con esencias de músicos tan dispares como Händel, Albinoni, Vangelis o Sakamoto; escenografía de Numen y diseños de vestuario de Angelina Atlagic; creadores que vienen, respectivamente, del diseño arquitectónico y de la moda.

El argumento de *Barroco* se desarrolla en un *boudoir* o tocador de señoras, donde un *ménage à trois* se convierte en un cuarteto. Barroco reconstruye la demoledora historia de amor entre la Marquesa de Merteuil y el Vizconde de Valmont. El público asiste como *voyeurs* a la decadencia de su relación amorosa, a su incipiente destrucción, del mismo modo que acontece a la espera de un mundo que camina próximo al abismo del gran cambio, ya sea por el paso de una revolución o bajo la amenaza de la Tercera Guerra Mundial.

Pandur consigue dotar de una sensación de intemporalidad con saltos narrativos y una escenografía poco ortodoxa -sitúa a los actores ataviados con suntuosas vestimentas barrocas entre las paredes de hormigón de un búnker- a todo este festín visual en el que se convierte *Barroco*.

El minimalismo conceptual de la obra -tres actores en un lugar pequeño y cerrado- se refleja en la música que evita cualquier tipo de exuberancia sonora con la que, comúnmente, se asocia el período barroco.

En cuanto a la escenografía, hay que señalar que el espacio es un laberinto muerto, frío y compacto que refleja la soledad de los personajes, la prisión en la que habitan y su incapacidad para la comunicación y la profunda alienación del ser humano.

El espectacular vestuario de *Barroco* está concebido, tal y como señala su creadora Angelina Atlagic, como un viaje: *el viaje de los trajes a través de las épocas. Se van quitando las diferentes capas,*

cambia el atuendo, cambian los personajes, el travestismo teatral, un proceso en el que los diferentes personajes toman su identidad de su propio traje. La destrucción y construcción del vestuario acontece en el escenario. Los vestidos de seda, los vestidos de flores, la piel humana como vestuario. Los trajes ilustran una época y, a su vez, llevan dentro de sí tiempos distintos, épocas diferentes.

Pandur, reconocible por un sello estético muy personal en todos sus montajes, cuando habla del espectáculo manifiesta lo que significa para él y para los actores: *Barroco me ha abierto un horizonte nuevo en mi vida teatral; es un hito dentro de mi trayectoria como director, es una obra muy especial, única y genuina, en la que los tres actores son unos atletas del corazón, los auténticos dueños de esta pieza teatral. Barroco les ha ofrecido la posibilidad de efectuar un viaje a las partes más profundas de ellos mismos como personas. Es un viaje sin punto de retorno. Una vez que te adentras en los paisajes del alma no puedes dejar ya tu forma de pensar acerca del teatro, por supuesto, teatro del tercer milenio.*

El mundo actual tiene, en cierto modo, muchas similitudes con Barroco, apunta el director de escena, para quien en este proyecto los actores no interpretan a los personajes, son los personajes. Mi Barroco tiene más que ver con el apartado de la mente, con las emociones. Es una riqueza que está dentro de nosotros. Vivimos momentos muy extraños, muy barrocos los llamaría yo. Todos los filmes futuristas lo son, Matrix sin ir más lejos. Partiendo de ahí, hemos intentado sacar a la luz el significado de la idea Barroco de un modo positivo, como algo lleno de belleza, amor, emociones.

Porque, pensando en el público, lo único que puede sobrecoger al público de nuestros días es la belleza, y eso es lo que yo pretendo aquí. Veo en la novela de Laclos como una profunda historia de amor, una de las más bellas jamás escritas. Una historia de amor peligrosa, eso sí. Nosotros no hablamos exactamente de amistades, como se ha traducido, sino de relaciones peligrosas, que sería más preciso según el título original de esta novela. De ella, y de la interpretación que hizo Müller en los años ochenta, que causó un gran impacto en la cultura europea de esa década, extraje la inspiración para crear el marco perfecto. Convencido de que hablamos de arquetipos a la hora de hacer divisiones entre lo masculino y lo femenino, la noche y el día o el bien y el mal, he intentado poner todos esos ingredientes en una nueva armonía donde cada uno de esos conceptos duales no puede existir sin el otro. Ni la oscuridad es posible sin la luz, ni en teatro espacio y tiempo pueden existir separadamente. A partir de ahí he intentado construir cronotopos que conviertan la escena en un ideal campo de batalla donde surgen los pensamientos activos de la representación.

